



Ciencias sociales: “imbricación” de valores epistémicos y sociales

Eduardo Sota*

La preceptiva weberiana de la ciencia “libre de valores” constitutiva del *L*ethos científico ha gozado de un acendrado consenso dentro de su respectiva comunidad abonado por las corrientes epistemológicas hegemónicas. En efecto, y a pesar de no ser un movimiento homogéneo, el positivismo lógico en su manifiesto fundacional *La concepción científica del mundo* (Carnap, Hans & Neurath, 1929/2002), propiciaba la unidad de la ciencia, la identificación de una estructura lógica común del lenguaje científico, el análisis lógico de los conceptos que permite discriminar entre los genuinos problemas empíricos de los problemas pseudocognitivos como los planteados por la metafísica y la ética que no proveen ninguna información acerca del mundo empírico: “esta actitud delimitadora entre conocimiento auténtico del mundo y afirmaciones sin sentido va a ser sacralizada posteriormente por medio del criterio empirista del significado, uno de los núcleos ‘trágicos’ de las posturas del Círculo” (Gómez, 2014, p. 21). Y es este criterio el que va a introducir un foso ontológico entre el mundo de los hechos y el mundo de los valores aherrojando estos al dominio del sinsentido:

Lo positivistas lógicos introdujeron una célebre clasificación tripartita de todos nuestros juicios dividiéndolos en “sintéticos” (verificables o falsables empíricamente), “analíticos” (verdaderos o falsos con arreglo sólo a las reglas lógicas), y, por último, –y esta categoría incluye especialmente todos nuestros juicios éticos, metafísicos y estéticos– “carentes de valor cognitivo”. (Putnam, 2002/2004, p. 24)

En esta división tripartita de los juicios dos de ellos –sintéticos o de hechos y analíticos– tienen cabida legítima como ciudadanos de la ciudadanía científica mientras que los juicios éticos y estéticos carecen de valor cognitivo y este es el denominado “tercer dogma del positivismo”

* Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Facultad de Filosofía y Humanidades (FFyH).
Córdoba, Argentina.
eduardomsota@gmail.com

por Putnam. Este, junto a otros dogmas –esto es, supuestos injustificados– hicieron que, finalmente, esta corriente denominada genéricamente Concepción Heredada entrara en crisis en cuanto a que sus tesis principales o bien dejaban de dar respuestas a los problemas para las que habían sido planteadas o bien eran abandonadas como caminos infecundos. Es así como durante la década de los años sesenta se gestan concepciones alternativas a la Concepción Heredada inscribiéndose en lo que se denominó nueva filosofía de la ciencia con autores como Toulmin, Kuhn, Hanson, Feyerabend y Laudan, entre otros. En lo que al tema que nos ocupa, uno de sus epónimos, Kuhn, nos dice que en las elecciones que hacen los científicos en relación a las teorías intervienen valores tanto cognitivos como no cognitivos y que las decisiones que se adopten dependen menos de resoluciones mediante pruebas que mediante técnicas de persuasión ya que la decisión nunca es de científicos aislados sino que, en la medida en que no hay criterios neutros y válidos para todo contexto, para cada científico individual no puede haber mejor criterio que “la decisión del grupo científico” (Kuhn, 1977, pp. 321-322). Son varios los criterios que el autor distingue como características para que una teoría sea una buena teoría, entre otras, la adecuación empírica, la consistencia, la simplicidad y el alcance teórico. Estos criterios epistémicos funcionan menos como reglas que como valores relevantes que tendrán distinto peso de acuerdo con las circunstancias y son una mezcla de factores subjetivos como objetivos por lo que en las elecciones intervienen tanto factores contextuales (políticos y sociales) como cognitivos. Veamos cómo podríamos caracterizar esta distinción de valores epistémicos o internos y sociales o externos. Lacey nos señala que en el discurso ordinario cuando nos referimos a un valor personal aludimos a situaciones tan variadas como un bien fundamental que uno persigue consistentemente, una práctica o cualidad que da significado a la vida que uno lleva, una cualidad que es parcialmente constitutiva de la identidad de uno y un “objeto de valor”, entre otras. Los objetos de valor pueden incluir objetos de arte, recursos tecnológicos, objetos sagrados, instituciones, teorías científicas, etc. Veamos como lo precisa el autor: “Hay varios tipos de valor. Un valor es sostenido por un agente o agentes. Cuando un agente (X) sostiene un valor (v), la expresión fundamental es: ‘X valora que \emptyset sea caracterizado por v’” (Lacey, 1999, p. 27).

Los diferentes tipos de valores corresponden a distintas instanciaciones de \emptyset ; por ejemplo, cuando \emptyset son relaciones entre personas tenemos valores morales, cuando \emptyset es una sociedad valores sociales, cuando \emptyset es una

obra de arte valores estéticos, cuando \emptyset son teorías científicas o cuerpos sistemáticos de creencias valores cognitivos y así. A pesar de que gramatical y lógicamente los valores cognitivos o epistémicos tienen mucho en común con los otros valores, sostener un valor cognitivo v involucra una actitud proposicional de segundo orden, "una creencia acerca de creencia, una creencia de segundo orden que siendo caracterizada por v contribuye a hacer a una creencia (de primer orden) racionalmente aceptable" (Lacey, 1999, p. 46). Tenemos, pues, hasta aquí, la discriminación de distintos tipos de valores, pero podríamos preguntarnos, cuál es la relación que es posible establecer entre ellos. En la línea de defensa de concebir una ciencia libre de valores o , a lo sumo, aceptar a los cognitivos como pertinentes al conocimiento relevante como tal, Lacey distingue tres momentos o contextos de actividad científica: la adopción de una estrategia -M1-, la aceptación de teorías -M2- y la aplicación del conocimiento científico -M3-. En efecto, en M2:

T es correctamente aceptada para un dominio específico de fenómenos si y solamente si manifiesta los valores cognitivos en grado elevado y si, dados los "patrones" corrientes para "medir" el grado de manifestación de los valores cognitivos no existe una perspectiva plausible para obtener un grado mayor. Dado A como fin de la ciencia y dado que son las teorías las que expresan un entendimiento de los fenómenos, no existe papel racionalmente destacado para los valores sociales en M2; el hecho de que T pueda manifestar en grado elevado algún valor social no cuenta racionalmente ni a favor ni en contra de su aceptación correcta. (Lacey, 2003, p. 143)

Así, los valores cognitivos son relevantes para el contexto de aceptación y/o justificación -M2- de las teorías mientras que los valores sociales (bajo los cuales se subsumen todos los otros) son adscriptos al viejo contexto de descubrimiento y al contexto de aplicación, M1 y M3, respectivamente, y no juegan rol relevante alguno a la hora de la justificación de las teorías evaluadas y aptas para aceptar.

La libertad de valores reposa sobre un trípode: la neutralidad de valores, la autonomía y la imparcialidad. La primera implica la legitimidad de tres supuestos: las teorías científicas no tienen juicios de valor entre sus implicaciones lógicas; aceptar una teoría no tiene consecuencias cognitivas en todo lo concerniente a los valores que uno sostiene y las teorías científicas están disponibles para ser aplicadas con el objetivo de promover proyectos vinculados con cualquier valor. Por otra parte, la au-

tonomía, como segundo principio que sostiene la libertad de valores, no sólo concede autoridad únicamente a la comunidad científica respecto a la definición de los problemas y evaluación de las teorías sino también para determinar las cualificaciones requeridas para la pertenencia a dicha comunidad y decidir el contenido de la educación científica. Por último y como vimos, la imparcialidad coincide con el contexto M2 por el que una teoría es completa o correctamente aceptada solo si sus enunciados están basados únicamente en evaluaciones que incluyan juicios de valor cognitivo de las teorías y con exclusión de valores sociales, morales o políticos. Así, el de imparcialidad es el principio fuerte que está por detrás del desiderátum “la ciencia libre de valores” puesto que estima cuán bien las teorías manifiestan ciertos valores cognitivos tales como el poder explicativo y predictivo y que juegan un rol esencial en la aceptación o rechazo de teorías y presupone que los valores cognitivos deben ser claramente distinguidos de otros tipos de valores. En definitiva, la imparcialidad, en términos de Lacey, nos asegura el ideal de objetividad por el que la contrastación de las teorías en términos de evidencia empírica y criterios cognitivos es incompatible con la asunción de compromisos éticos y sociales. Seguramente no nos equivocamos si señalamos que es, precisamente, la noción de objetividad la que funge como la otra cara de la moneda de la libertad de valores; es decir, la ilusión de una suerte de reproducción cognitiva *in toto* del objeto, sin interferencia valorativa excepto los valores cognitivos como ya señalamos. Veamos las diversas acepciones que señala Lloyd (1995) a propósito de “objetividad” u “objetivo”: a) objetivo significa desinteresado, impersonal, no sesgado; b) objetivo significa públicamente accesible, observable; c) objetivo significa “existiendo independientemente de nosotros” o separadamente de nosotros; d) objetivo significa “existiendo realmente”, la manera en que las cosas realmente son. Naturalmente (a)-(d) no son equivalentes ya que objetivo es predicado de diferentes entidades: (a) es una propiedad del sujeto del conocimiento, mientras que (b) y (c) supone una relación entre el conocimiento y la realidad y (d) es el estatus de lo que es a pesar de su relación con el sujeto; en efecto, ellas no son equivalentes en el sentido de, por ejemplo, Dios, si tal ser existe, es real y objetivo (en el sentido de (d)) pero no siempre se presume que sea público. Ahora bien, cuando a estas diversas acepciones se las hace converger para otorgar un sentido único al vocablo objetivo nos deslizamos en lo que Lloyd denomina “tiranía ontológica”:

Examinemos la afirmación fuerte que la realidad 'objetiva' –la realidad convergente a través de la aplicación de métodos objetivos– es igual a toda la Realidad Real. Una tal ecuación parece ser un juicio que la Realidad Real puede, en su totalidad, ser alcanzada o conocida a través de su ser públicamente accesible en el modo propio, combinado con el tipo correcto de desinterés del que conoce. Llamo a esta posición la "tiranía ontológica". (1995, p. 356)

Determinadas tradiciones metafísicas y epistemológicas han configurado estas opresivas propiedades –bajo la restricción de estar reunidas conjuntamente– de la noción de objetividad que es correlativa de las mismas altas e irreales exigencias que tiñen a la noción de ciencia libre de valores. Naturalmente no sólo nos desembarazaremos de la convergencia de estos cuatro sentidos en una caracterización unívoca de objetividad por considerarla artificiosa y a contramano de la misma práctica científica, sino que también discutiremos el modo en que son caracterizados los sentidos mismos de (a)-(d). En efecto, (a) y tal vez (b), remiten abiertamente al principio de imparcialidad de Lacey, la adopción del "punto de vista de ningún lugar" regulado por los valores cognitivos, con la exigencia de que se debe extirpar toda preferencia o sesgo subjetivo proveniente de los valores sociales o políticos. Sin embargo, Longino va rebatir esta visión dicotómica y asimétrica de valores cognitivos, por una parte, y sociales, por otra, ya que lo social no se opone a lo racional puesto que las mismas normas y principios guías que orientan las prácticas científicas presuponen un trasfondo social y las mismas normas cambian y son funcionales al cambiante contexto social. Es decir, no hay una frontera rígida entre valores cognitivos y sociales y la misma noción de objetividad se va a ver modificada. Las ciencias son prácticas sociales que requieren variedad de perspectivas y una crítica transformadora incesante y sistemática al interior de la misma comunidad científica. Ya no se requiere una objetividad absoluta y despersonalizada, sino que es social por naturaleza y supone grados entre dos polos interactivos de un continuum que va del monológico al dialógico; "un método de investigación es objetivo según el grado que permite una crítica transformativa. Su objetividad consiste en la inclusión de crítica intersubjetiva" (Longino, 1990/1998, p. 181). Para transitar en esa dimensión transformadora de la crítica del discurso las comunidades científicas serán objetivas según el grado en que satisfagan las siguientes condiciones: posean los espacios y marcos institucionales para que se efectivice la crítica tales como publicaciones, evaluación de pares,

etc.; estándares compartidos de crítica los cuales incluyen tanto principios substantivos como epistémicos y sociales; la comunidad debe siempre tener capacidad de respuesta frente a la crítica; la autoridad intelectual debe ser compartida equitativamente entre los miembros de la comunidad. Así, “la objetividad de los individuos en este esquema consiste en su participación en el “toma y daca” de la discusión crítica colectiva y no en alguna especial relación (desinterés, obstinación) que puedan sostener con sus observaciones” (Longino, 1990/1998, p. 183).

En suma, tenemos dos modelos claramente divergentes en cuanto a “objetividad”: no se trata ya de una propiedad que se posee o no absolutamente, sino que supone grados en su acceso y no se hace desde un presunto lugar impersonal sino desde la crítica intersubjetiva y donde se ha difuminado la distinción dicotómica de valores cognitivos y sociales ya que las prácticas científicas mismas son de naturaleza social. La versión más débil pero no menos vigorosa de Lacey por la que la ciencia libre de valores admite en realidad valores epistémicos a la hora de la elección de teorías más allá de las reglas lógicas y la evidencia empírica y en el ámbito de la aceptación y justificación de teorías excluye sí, inequívocamente, la admisión de valores no epistémicos. Pero esto es lo que hemos pretendido horadar juntamente con la noción de objetividad por lo que ahora daremos un paso más y exploraremos la tesis semántica de Putnam sobre la distinción hecho-valor o, mejor dicho, la dicotomía esencialista hecho-valor a la que aludimos más arriba como el tercer dogma del positivismo. Putnam se remonta a Hume para hallar allí el origen de tal bifurcación con la “semántica figurativa” y su relación de semejanza por la que un hecho se parece o no a la imagen que de él nos hacemos y así verificamos el valor de verdad de los enunciados mientras que una situación como esta está ausente para determinar la verdad o no de un enunciado tal como “el crimen es malo” ya que no hay un hecho correlativo para el predicado malo. No hay pues “cuestión de hecho” en materia de determinar qué es lo correcto o virtuoso y de allí el aherramiento al sinsentido de estos términos. En esta carencia de contenido cognitivo y de irracionalidad podríamos agregar que de los juicios morales y políticos radica el rechazo a la intromisión de los valores en la declamada libertad de valores de la ciencia.

La dicotomía de referencia presupone la falacia naturalista humana (un “debe” nunca debe ser derivado de un “es”) y obedecen a la visión estrecha según la cual un hecho es algo que corresponda a una impresión sensorial. La posición alternativa de Putnam es que tal dicotomía no es

sostenible y propicia menos una partición que una "imbricación" entre juicios de hecho y juicios de valor tanto epistémicos como morales.

Veamos lo que sucede con los denominados "conceptos éticos densos" (que entremezclan o superponen términos descriptivos con otros de carácter más abstractos como serían los "conceptos éticos finos" tales como "virtud", "deber", "obligación") como "valiente" en el enunciado "El gobernante era valiente". Tener una comprensión intuitiva de este predicado supone adjudicarle hechos (describibles) congruentes y que sostienen dicho valor moral. No podríamos decir que el gobernante encarne dicho valor y, simultáneamente, que huyó vergonzosamente de tal batalla. Siguiendo a Putnam sería el caso, por ejemplo, cuando el historiador emplea la palabra "cruel" para caracterizar descriptivamente a cierto monarca, pero no puede eludir la resonancia ética y normativa: "'cruel" simplemente ignora la presunta dicotomía hecho/valor y se permite el lujo de ser empleado unas veces para propósitos normativos y otros como término descriptivo. En la literatura filosófica, tales conceptos son llamados a menudo "conceptos éticos densos" (2004, p. 50). Es precisamente en el área de las ciencias sociales donde este carácter inescindible hecho-valor se hace ineludible. Supongamos un enunciado sociológico como "Argentina es un país violento"; es difícil asignar este rasgo o bien a una categoría factual o evaluativa ya que por más que nos inclinemos a adoptar un lenguaje técnico para esta caracterización nos interesa preservar, igualmente, el aspecto valorativo ya que nos provee de razones para la acción, por ejemplo, adoptar políticas públicas para reducir dicha violencia o mitigar sus efectos. Veamos que nos dice al respecto Dupré:

Muchos términos del lenguaje ordinario son descriptivos y evaluativos a la vez. La razón de esto es obvia. El lenguaje evaluativo expresa nuestros intereses los cuales, como era de esperarse, son cosas que estamos interesados en expresar. Cuando describimos cosas es, a menudo, en términos que relacionan la relevancia de las cosas para satisfacer nuestro interés. A veces tratamos de imponer criterios más bien precisos para aplicar a las cosas terminología relativa a nuestros intereses. (Dupré, 2007, p. 30)

Una ciencia social como la economía, por ejemplo, cuya tradición ha pretendido separar nítidamente lo que es del orden factual del dominio evaluativo se interesa por formular invariantes y leyes económicas; un mecanismo identificado es el óptimo Pareto –si hay cambios en la asignación de bienes hay al menos una que mejora la situación de un indivi-

duo sin hacer que empeore la situación de los demás— cuyo propósito es la asignación eficiente de recursos. Sin embargo, deja de lado cuestiones propiamente normativas que son las que nos importan como qué es la justicia, la distribución justa de los bienes en este caso.

Una última cuestión que abordaremos tiene que ver con las acepciones (c) y (d) de la noción de “objetividad”, esto es relativas a la existencia de las cosas con independencia de nosotros y la cual supone un compromiso con concepciones metafísicas realistas fundacionalitas. Desde la teoría social y política el “fundacionalismo” implica aquellas teorías que suponen que la sociedad, la política y el sujeto se basan en principios que están exentos de examen y habitan fuera de la misma política, sea la metáfora topológica de la infraestructura económica o el “espíritu de la historia”.

Generalmente esto es seguido de la frecuente situación de plantearse un cuerno dilemático, esto es, la opción de hierro de elegir entre un fundamento último y la negación absoluta de éste, una suerte de antifundacionalismo, ya sea en las variantes del “todo vale” o del posmodernismo. Podemos colegir que, en la medida que uno es la simple inversión del otro, participan del mismo horizonte. Una alternativa a ese cuerno dilemático es horadar las premisas mismas donde opera el fundacionalismo evitando negar cualquier fundamento, aunque sí un fundamento último y esto es lo que caracteriza al posfundacionalismo (Marchart, 2007/2009). Para éste, es la ausencia de un fundamento último, precisamente, lo que hace posible la emergencia de fundamentos *contingentes*.

A esta dirección posfundacionalista vamos a ejemplificarla con el “constructivismo realista” acerca del estatus epistemológico de las ciencias sociales con Bourdieu. La comunidad científica se somete al arbitraje de lo “real” pero, a la vez, es lo producido por el equipo teórico y experimental efectivamente disponible en el tiempo considerado y en esa misma comunidad se plantea la lucha por el monopolio de la representación científicamente legítima de lo “real”:

En el caso de las ciencias sociales, lo “real” es absolutamente exterior e independiente del conocimiento, pero es a su vez una construcción social, un producto de las luchas anteriores que, por esas mismas razones, sigue siendo un objetivo de las luchas actuales [...] Conviene, pues, asociar una visión constructivista de la ciencia y una visión constructivista del objeto científico. Los hechos sociales están contruidos socialmente, y todo agente social, como el científico, [...] tiende a imponer su singular visión de la realidad, su “punto de vista” (Bourdieu, 2001/2003, p. 153).

Las diversas disciplinas sociales toman partido, pues, en las mismas luchas que describen y la ciencia que se produce no es más que una de las fuerzas que se enfrentan en ese mundo. En su esclarecimiento de las luchas por la identidad étnica o regional el sociólogo nos dice que son luchas por el monopolio respecto al poder de hacer ver y hacer, por imponer la definición legítima de las divisiones del mundo social y, a través de esto, hacer y deshacer los grupos. Es en la misma "realidad" social donde se desarrolla una lucha permanente por definir la "realidad" donde la misma ciencia está no menos comprometida, si bien de otra manera, que las representaciones de los agentes sociales; es así como las clasificaciones más "naturales" de esa "realidad" que es absolutamente social se apoyan siempre en rasgos que no tienen nada de natural y que en parte son producto de una imposición arbitraria. El discurso regionalista es, pues, performativo en no menor medida que el de la misma ciencia social que lo crea al describirlo:

Quando es reintegrado en las luchas de clasificaciones que se esfuerza en objetivar, el discurso científico se pone de nuevo a funcionar en la realidad de esas luchas de clasificación: está condenado a aparecer como crítico o como cómplice según la relación cómplice o crítica que el lector mantenga con la realidad escrita. Así, el simple hecho de mostrar puede funcionar como una manera de acusar (Kategoriethai) o, a la inversa, como una manera de hacer ver y de hacer valer. (Bourdieu, 1982/1985, p. 92)

Estamos pues, lejos de la noción de objetividad alusiva a una realidad pre-existente y de la cual debemos alcanzar una representación fidedigna incontaminada de valores sino que la misma representación configura esa realidad social; las mismas. Las mismas categorizaciones científicas ejercen por sí mismo un poder y son, por lo mismo, categorías políticas: "los veredictos más neutros de la ciencia contribuyen a modificar el objeto de la ciencia" (Bourdieu, 1982/1985, p. 93).

Referencias

- Bourdieu, P. (2003). *El oficio de científico* (J. Jordé, trad.). Barcelona: Anagrama. (Obra original de 2001)
- Bourdieu, P. (1985). *¿Qué significa hablar?* (E. Martínez Pérez, trad.). Barcelona, Akal. (Obra original 1982)

- Carnap, R., Hans, H., & Neurath, O. (2002). La concepción científica del mundo: El Círculo de Viena (P. Lorenzano, trad.). *Revista de Estudios sobre la Ciencia y la Tecnología*, 18, 103-149. (Obra original de 1929)
- Dupré, J. (2007). Fact and value. En H. Kincaid, J. Dupré, & A. Wylie (Eds.), *Value-free science?: Ideals and illusions* (pp. 27-41). Oxford: Oxford University Press.
- Gómez, R. (2014). *La dimensión valorativa de las ciencias*. Bernal, UNQ Editorial.
- Kuhn, T. (1977). *The essential tension*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lacey, H. (1999). *Is science value free?* London: Routledge.
- Lacey, H. (2003). Existe uma distinção relevante entre valores cognitivos e sociais? *Scientia Studia*, 1(2), 121-149.
- Longino, H. (1998). Values and objectivity. En M. Curd & J. Cover (Eds.), *Philosophy of science: The central issues* (pp. 170-191). Nueva York, W. Norton & Co. (Obra original 1990)
- Lloyd, E. (1995). Objectivity and the double standard for feminist epistemologist. *Synthese*, 104(3), 351-381
- Marchart, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional: La diferencia política, en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, (M. Delfina Álvarez, trad.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina. (Obra original de 2007)
- Putnam, H. (2004). *El desplome de la dicotomía hecho-valor* (F. Forni Argimon, trad.). Barcelona: Paidós. (Obra original de 2002)